

La frontera que vino del norte, Carlos González Herrera

DOI: 10.32870/mycp.v13i38.345

Catalina Velázquez Morales¹

El doctor Carlos González Herrera, con su trabajo *La frontera que vino del norte* cubre una asignatura que estaba pendiente para entender de manera integral la forma como se fue construyendo el ritual del cruce fronterizo entre México y Estados Unidos. De manera clara y sencilla y, no por eso menos erudita, describe la ideología racista que subyace en los discursos que se fueron entretejiendo en torno a políticas y prácticas excluyentes que tenían la finalidad de privilegiar a la sociedad estadounidense ante sí misma y otras culturas.

Hay diferentes lecturas que se pueden hacer del texto, pero en este caso me limitaré a resaltar algunos de los autores que González Herrera analiza para reconstruir el desarrollo del proceso discursivo contra los “otros extraños y diferentes”, el cual después de años de ser repetido, terminó formando parte de los estereotipos que se manejan hoy en día contra quienes no son estadounidenses, o simplemente contra los mexicanos, sin importar su condición migratoria. El texto se puede dividir en tres partes.

En la primera analiza cómo las propuestas ideológicas de *Frederick Jackson Turner*, Henry Cabot Lodge, Francis Galton y Claude C. Pierce impactaron en las políticas migratorias que las autoridades estadounidenses instrumentaron en sus puertos de ingreso, especialmente en Ciudad Juárez-El Paso.

En la segunda parte profundiza su análisis para describir la forma en que las ideologías racistas, nativistas y excluyentes terminaron por caracterizar la política migratoria del país.

En la tercera y última parte, revisa el caso Ciudad Juárez-El Paso, puerta de ingreso que considera el laboratorio de observación.

1. Investigadora de la Universidad Autónoma de Baja California, México.

Primera parte: ideologías excluyentes

1. *Frederick Jackson Turner*. El autor menciona que con la publicación de su ensayo en 1893, Turner creó una verdadera revolución en la manera en que Estados Unidos se veía a sí mismo; menciona que Turner concluye medio siglo de un intenso trabajo de invención y construcción de un concepto de frontera que se acomodará al “destino manifiesto” de la joven nación. Los pueblos indios al oeste del territorio que ocupaban las 13 colonias, constituían naciones, situación que cambió con la independencia y con la anexión de Texas; con la compra de la Luisiana y de Alaska; con la guerra contra México que tuvo como resultado una inmensa ganancia territorial y el oro en California. De súbito, la *frontera-border* que separaba a Estados Unidos de las naciones indias con sus territorios, se convirtió en una *frontera-frontier* que separaba a la civilización de la barbarie, del orden de las poblaciones asentadas al desorden de pueblos itinerantes. A diferencia de Europa, en América existía la división entre la “tierra de nadie” y los pioneros que esperaban reclamarla.

La frontera era tierra de pioneros y éstos, en el discurso turneriano, estaban determinados por elementos de nacionalidad, de raza y de género; el pionero era, pues, de habla inglesa, anglosajona y hombre. Además, se desenvolvía en un medio rural de espectacular y agreste belleza.

Al analizar a Turner, el doctor González menciona (p. 34) que vale la pena estudiar la idea de la frontera como un artificio de creación histórica, en lo cual coincide con otros estudiosos; el recuento de los sucesos históricos que llegan a nosotros se transmiten en forma de narrativas o de discursos. En los hechos, ninguno de estos acontecimientos ocurre en forma narrativa; en el mejor de los casos puede ser su reflejo, pero nunca los sucesos mismos. Las narrativas históricas no pueden corresponder a sus objetos, el intento de explicarlos ya los ha transformado.

La historia de la *frontera-frontier que construyeron con base en narraciones*, fue una manera efectiva de poner a Estados Unidos en un lugar de privilegio en el curso de la historia. La influencia turneriana, en la manera de concebir a la frontera desde la tradición estadounidense, fue no sólo profunda sino de largo aliento y sin parangón en la mexicana. La frontera y sus características políticas, así como sus rasgos culturales, eran el motor del desarrollo de Estados Unidos. Turner hizo un intercambio fácil pero dudoso: en lugar del rigor de las pruebas, ofreció épica y leyenda de la gran frontera llenándola de simbolismos y emociones patrióticas de mitos y romance nacionalista. Este

discurso nacionalista se usa para encubrir el afianzamiento de la nación-imperio; la imaginería académica popular se ha expresado con diferentes niveles de violencia simbólica y física.

González Herrera subraya que desde hace un par de décadas, estudiosos de diferentes campos han realizado serios esfuerzos por modificar el carácter marcadamente ideológico de los estudios sobre la frontera y el American West; desde los años cuarenta se realizaron críticas a la hipótesis fronteriza de Turner, entre las que sobresale la de George W. Pearson, quien afirmó que provocó que la palabra “frontera” se convirtiera en una caja de Pandora llena de problemas para los historiadores.

2. *La ideología nativista*. El autor de *La frontera que vino del norte* menciona que surgió desde el siglo XVIII y, desde el principio, postuló la superioridad de los blancos anglosajones sobre cualquier otro grupo humano (p. 57).

Henry Cabot Lodge señala la importancia del frágil equilibrio racial en Estados Unidos. La base poblacional de la nación es lo que genéricamente se llamaba la raza inglesa y a la que, habiéndose formado por siglos y con muy poca mezcla de sangre, correspondía llamar la raza histórica. Por ello, mencionaba Cabot Lodge que la política migratoria debería de considerar los riesgos de un cambio; según él, estaban en peligro la apariencia física, las instituciones, las leyes, la cultura y la lengua porque “la historia nos muestra [...] la raza baja absorberá a la alta [...] cuando las dos se acerquen a la igualdad numérica” (p. 56). El autor menciona que medidas restrictivas y selectivas, basadas en ideas radicales como las de Lodge y otras similares fueron adquiriendo más adeptos en el mundo de la ciencia y la medicina, la política, el mismo movimiento obrero y la Iglesia (p. 56).

El nativismo estadounidense permeó el aparato gubernamental y permitió delinear las políticas migratorias más trascendentes como “La ley de exclusión China de 1882”, el acuerdo antijaponés de 1907 o las medidas tomadas entre 1917 y 1924 para prevenir la llegada de inmigrantes del sur y del este de Europa. Sin embargo, destaca González Herrera que los ciclos económicos determinan las políticas migratorias. En tiempos de escasez de mano de obra, el Estado impuso pocos obstáculos a la inmigración.

3. *La eugenesia*. La palabra “eugenesia” fue ideada por el científico inglés Francis Galton en 1883, con la premisa de que el conocimiento de las leyes de la herencia podía usarse para lograr mejoras importantes en la reproducción y desarrollo de las razas (p. 58); aunque no se puede olvidar que en el fondo el racismo esconde la lucha de clases. August Weismann, por su parte, propuso

que en las sociedades y los grupos humanos era distinguible un patrón genético, llamado germoplasma y que, sin importar las condiciones, se transmitía de generación en generación. Las ideas de Weismann provocaron dos lecturas, una positiva y otra pesimista, negativa y conservadora que sostenía que sólo quienes se encontraban en la cima de la estructura social eran los más aptos y mejor dotados. Ésta sería la que se popularizó en Estados Unidos.

El autor menciona que al empezar el siglo XX se expidió la primera ley estatal de esterilización en Estados Unidos. Hacia finales de los años veinte, leyes similares habían sido aprobadas en 24 estados contra hombres pobres, por lo general negros presos o enfermos mentales.

4. *La pseudociencia.* El doctor Claude C. Pierce formaba parte del equipo de médicos que por orden de Washington fueron enviados a El Paso (p. 77). Pierce era el primer inspector sanitario con experiencia en zonas de contacto; había participado en la guerra con España, en Cuba, conocía Puerto Rico y Panamá, conocía la efectividad de las medidas sanitarias apoyadas por fuerzas armadas para proteger los intereses de Estados Unidos, desde su perspectiva (p. 77).

Finalmente, se puede afirmar que los cordones sanitarios y las prácticas asociadas son responsables de la consolidación de la autoridad del Estado, ya que éste no sólo legitimó su preeminencia por encima de poderes, autoridades locales e intereses particulares, sino inclusive sobre los propios cuerpos y espacios de vida de los individuos.

[...] los cordones sanitarios, bajo control de los médicos del gobierno federal, deberían seguirse usando para separar y proteger a las formas de comercio limpias y saludables de los peligros de ciudades dentro y fuera de las fronteras de Estados Unidos [...] (p. 69).

El autor describe cómo los cordones sanitarios establecidos por las autoridades federales de Estados Unidos causaron dos efectos que pueden considerarse paradójicos. El primero se relaciona con la cultura política estadounidense, que normalmente ha visto con recelo o de plano ha rechazado la expansión del poder federal sobre los espacios locales; en este caso la experiencia resultó en una doble docilidad a esas medidas que podemos entender, debido a la creciente legitimidad que la voz médica ganaba y que le permitió moverse de los márgenes al centro mismo de la cultura estadounidense. El tradicional ejercicio de la democracia desde las localidades fue abandonado al irse entregando parte de las libertades ciudadanas a la autoridad de los profesionales

de la medicina. El segundo efecto tiene que ver con que la instrumentación del concepto y práctica moderna de la frontera con México hubiese sido delineada y administrada por funcionarios que, por regla general, desconocían por completo la región. Esa falta de familiaridad con la frontera, espacio de imbricaciones culturales tan profundas, también significó la posibilidad de una más rápida y radical construcción de la mexicanidad.

5. *La dualidad: bienvenido... ¡lárgate!* Siguiendo la ruta trazada por los eugenistas y sanitaristas y por organizaciones obreras como la American Federation of Labor (AFL), señalaban que el más grande obstáculo que enfrentaba una ciudad como El Paso, para su definitivo despegue hacia el progreso, era la nociva presencia de una gran población mexicana a ambos lados de la frontera (p. 95).

La American Federation of Labor (AFL) desplegó desde el año 1910 un fuerte movimiento propagandístico y de cabildo antiinmigrante que tuvo repercusiones directas en la frontera con México (p. 94). La Texas Federation of Labor, afiliada a la AFL, empezó a presionar a los dirigentes nacionales Samuel Gompers y Frank Morrison, para que gestionaran ante las autoridades federales en Washington el levantamiento de barreras migratorias efectivas contra los trabajadores mexicanos, tanto para los que ya estaban en el país como para los que podían seguir llegando del sur. Denuncias que nos dejan ver una nueva etapa en el proceso de construcción de México y sus ciudadanos como el “otro amenazante” (p. 95).

González Herrera menciona que A. A. Graham, abogado republicano conservador de la ciudad de Topeka, agregó un nivel adicional al discurso de esa reingeniería cultural que intentaba modelar una nueva realidad fronteriza, discurso que el autor va analizando a lo largo de su trabajo. Para Graham, las ecuaciones resultan la vía más radical para obtener discursos de impacto, al afirmar que los mexicanos son igual a clases indeseables; los mexicanos son igual a trabajo físico extremo y mal pagado; la presencia mexicana es anties-tadounidense (p. 104).

Y el autor subraya que al finalizar la segunda década del siglo xx, la construcción del concepto de México y los mexicanos había avanzado tanto en la reingeniería sociocultural realizada en Estados Unidos, que incluso era posible llegar a extremos tales como la mezcla de actitudes racistas, de exclusión cultural pero de utilización laboral en su mirada hacia el país del sur (p. 116).

Segunda parte: las leyes de migración

El 5 de febrero de 1917 el Congreso aprobó una nueva ley de inmigración. Por primera vez los mexicanos pasaban a formar parte del grupo de nacionalidades que se veían sujetas a una inmigración selectiva a través de filtros como la Contract Labor Law, pruebas de alfabetismo, inspección sanitaria, que incluiría la vacunación forzosa y entrevistas a fondo para determinar si el pretense inmigrante no era peligroso (p. 109). La respuesta de los grandes patrones de peones mexicanos fue inmediata. Los intereses ferrocarrileros empezaron a ejercer presión sobre los legisladores, con quienes mantenían vínculos políticos y económicos para que se buscara la forma, no de derogar la nueva ley de inmigración, sino de establecer mecanismos de excepción para asegurarse el abasto de mano de obra mexicana (p. 110). Esto motivó la suspensión de dos filtros importantes: la prueba de alfabetización y el requerimiento de un contrato de trabajo. A estas medidas flexibilizadoras se sumó una enmienda del Departamento del Trabajo del 12 de abril de 1924, que en lo general ratificaba las excepciones. En 1918 las urgencias de la guerra introducían entre líneas una cláusula patriótica que hacía de la importación temporal de mano de obra mexicana una práctica políticamente correcta (p. 113). La política migratoria de Estados Unidos, a partir de 1924, hizo de la frontera un área sensible para el Estado, ya que a partir de entonces la inmigración quedaría bajo la supervisión conjunta del Servicio de Inmigración, que dependía del Departamento del Trabajo, y del Departamento de Estado por conducto de sus consulados en México. Finalmente, en forma paralela el gobierno federal y el Congreso decidieron la creación del primer cuerpo especializado para la vigilancia armada de las fronteras con Canadá y México: la patrulla fronteriza, que desde la década de los sesenta hasta nuestros días ha impuesto temor al creciente número de inmigrantes (p. 148), cuenten o no con documentos.

Tercera y última parte: el laboratorio de observación

Ciudad Juárez-El Paso. Para González Herrera, Ciudad Juárez y El Paso representan un caso ideal de estudio para los eugenistas, agencias gubernamentales, cuerpos paramilitares, la élite anglo y organizaciones racistas extremistas como el Ku Klux Klan, en interacción frente al fenómeno migratorio mexicano.

Durante la primera década del siglo xx, el cruce Ciudad Juárez-El Paso fue escenario de un creciente tráfico de inmigrantes sirios, turcos y griegos

que ocuparon al Servicio de Inmigración y fortalecieron la imagen de que la vigilancia sobre ese lugar era indispensable para consolidar la nacionalidad estadounidense, conceptual y anímicamente basada en la pureza de la raza blanca y la protección de su soberanía. Las acciones de exclusión basadas en el origen nacional de los inmigrantes irían refinándose y ensayándose en el laboratorio de la frontera con México.

El puente Santa Fe, como observatorio, permitió producir la evidencia médica y estadística que ayudaría a crear el contenedor conceptual sobre México y sus nacionales, elevando a categorías de “legítimas” y “neutras” muchas de las actitudes prejuiciosas de nativistas y racistas que circulaban en medios tan diversos como la prensa, la academia, las élites políticas y económicas, las iglesias y el movimiento obrero.

La relación entre la población anglo y la mexicana empezó teniendo carácter imperioso, de estricta sobrevivencia; pasada la guerra entre ambos países, establecida la nueva frontera internacional, y convertido El Paso en centro ferrocarrilero situado en un lugar de privilegio, la relación con los mexicanos se volvió simbiótica para lograr explotar con éxito el nicho económico que el desarrollo del suroeste ofrecía a la ciudad. El lado mexicano quiso basar su prosperidad en circunstancias temporales y coyunturales, tales como la existencia de la zona libre, que convertían a Ciudad Juárez en un paraíso para el consumo de bienes importados, pero que destruyeron otro tipo de vías para el desarrollo. El lado estadounidense decidió apostar su futuro a la utilización de abundante mano de obra barata sin calificación y a convertirse en un centro de distribución de ésta para el resto de Estados Unidos (p. 169).

La relación simbiótica fue resultado de la toma de decisiones conscientes de las élites a ambos lados de la frontera, con lo cual encarrilaron a la región en una ruta de atraso económico de largo plazo. Esa forma de arquitectura social alentó el desarrollo de un ambiente consensuado de tolerancia racial; uno de carácter contrario habría dañado a El Paso por ser un importante puerto terrestre para el comercio internacional entre Estados Unidos y México. Existía un entendimiento pleno de la dependencia que la región tenía de la mano de obra mexicana, y por ello los intereses comerciales, industriales y financieros impulsaron un estilo local de hacer política que los siguiera consolidando en la toma de decisiones, sin poner en peligro la estabilidad de las relaciones con la población mexicana y la mexicoamericana, que ya hacia finales del siglo XIX existían con personalidad propia (p. 169).

En su conclusión, el autor menciona que es necesario seguir profundizando en el estudio sobre la forma en que nuestro país ha ido entendiendo y construyendo su relación con la frontera norte. Para nuestro país, la vigilancia de la frontera con Estados Unidos nunca ha sido prioridad, y se ha delegado su monitoreo a la autoridad estadounidense. Destaca el autor que una de las características de la frontera norte de México hasta nuestros días es un nacionalismo popular desorganizado y voluntarista. Algunos de los sucesos por él narrados “representan arranques de un nacionalismo, alimentados por la xenofobia popular que se materializaba en expresiones momentáneas, voluntaristas, desordenadas, radicales en ocasiones, pero que no lograban crear un cuerpo de ideas y comportamiento alineados a una propuesta coherente proveniente del Estado mexicano (p. 249). 